

honra de Dios nuestro Señor. Si quisiéredes alguna vez ponerle a vuestra ánima delante el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, para animarla a bien obrar, no sea éste el último fin, sino querer servir al Señor; porque mientras más gloria tuviéredes, más gloria y honra recibirá nuestro Señor Dios. De arte, que el último paradero sea glorificar a nuestro benditísimo Señor; y de esta manera podéis *inclin*ar vuestro corazón a los mandamientos de Dios por la retribución, como decía el Profeta David.

7. Diréisme: ¿Quién tiene el ánima despierta para andar alegre y regocijada, gozándose en su Dios, pues está muchas veces tan triste y tan tibia, que en ninguna manera puede entrar en ella alegría? ¿Qué remedio habrá entonces para no faltar en tan perfecto y soberano amor?

Por eso os dije que trajédes un *querer*, con que quisiédes que el Señor fuese en Sí quien es; porque la caridad en este *querer* consiste; el cual, aun (6) el ánima tibia, y seca y triste lo puede tener, así como puede querer que su padre viva estando así triste; entendiendo que es menester gracia de Dios, la cual no negará el Señor a quien se esforzare a andar este camino. Quiero decir, que aunque estéis triste, que queráis que nuestro Señor Dios sea en Sí quien es. Y el gozo que de aquí se sigue y alegría en el Señor, eso es *fruto* de Espíritu Santo (*Gal.*, 5), que se sigue de esta caridad cuando nuestro Señor quiere con más familiaridad comunicarse. Y aquél, cuando su Majestad lo diere, bendigámoslo por ello; y cuando no, perseveremos en este otro, bendiciendo y adorando siempre a nuestro Señor, digno de infinita gloria y alabanza. Que es muy gran yerro el de aquellos que piensan que si no hay gozo, aquel acto de voluntad no vale nada, en el cual consiste la caridad; y como el demonio lo siente, no hace sino echar grandes tibiezas y sequedades, para que, pensando que no hacen nada, dejen este santo ejercicio.

8. Debéis luego, haciéndoos sorda a las tentaciones del demonio, perseverar en vuestro ejercicio; porque si no perseveráis, no vendréis a gozar de la corona y paraíso que vienen a alcanzar los aprovechados en este santo amor, aun acá en la tierra. Debéis mirar con cien mil ojos que el fin y paradero de vuestro

---

(6) *Aun*; así la edición de 1595.

amor sea todo--en lo que hiciéredes—glorificar a nuestro Señor. Porque es tanta la vuelta que dió la naturaleza, por el pecado de nuestro primer padre, a buscar en todo su provecho y su bien, que si no estáis en atalaya, aun en este ejercicio, que totalmente echa fuera el amor propio, os veréis muchas veces buscaros a vos misma, holgándoos porque así amáis al Señor, porque adquirís grandes premios para el cielo, y porque vuestra ánima recibe consolación, y otros intereses propios, que aunque no sean malos, son de imperfecta caridad.

Veis aquí en breve el amor de Dios, que ha de tener vuestra ánima, al traslado del que los bienaventurados tienen en el cielo. Resta ahora declararos el amor del prójimo, que descende de este profundísimo amor.

9. El amor, hermana, que habéis de tener al prójimo, ha de ser queriendo y amando todo el bien que en él viéredes, porque con él es adorado y glorificado nuestro Señor Dios, y de aquí mayor será vuestra alegría; y por el contrario, cualquier pecado y ofensa que en vuestro hermano viéredes ha de ser aborrecido de vuestra ánima, porque es ofendido Aquel cuya honra y gloria vos deseáis. Y así como os dije que el *amor* de Dios consistía en querer que el Señor Dios fuese quien es, y que el gozo en esto era don particular de nuestro Señor, así también el amor del prójimo consiste en un querer de la voluntad con que queráis el bien del prójimo; que [el] (7) *gozaros* del bien del prójimo, y sentir gran dolor con el pecado que comete, eso es una dádiva del Señor muy especial, que la da Él a quien es servido. De manera que, si bien habéis mirado en ello, habréis visto que el blanco adonde tira el amor de Dios y del prójimo es que sea Dios glorificado y honrado.

Y de aquí veréis cuán falto de amor verdadero anda aquel que de ver a su prójimo crecido en santos ejercicios recibe tristeza y desmayo, mirándose a sí no estar tan crecido. Porque aunque sea verdad que el verdadero amador del Señor debe tener un cuchillo atravesado en el corazón, porque no sirve tanto al Señor como debería y podría, mas no se sigue de aquí que, si ve crecer al otro siervo de Dios más que él, por

---

(7) *El*; las ediciones de 1578 y 1595 traen *es*; pero es errata evidente que destruye todo sentido.

eso reciba tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su ánima en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha ser en ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debía, que hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Que esotro desmayo que algunos tienen yo entiendo que nace de amor propio; porque cierto está que si el fin por que el verdadero amador desea mucho servir al Señor es honrar y glorificar a su Dios, como se glorifica también con la santidad puesta en el otro como puesta en él, se sigue que le ha de dar grande alegría ver que los otros crecen mucho en el servicio del Señor, aunque por otra parte tenga él pena porque no le sirve así.

Veis aquí, hermana, en la obra que habéis de entender en el paraíso de esta Iglesia militante, donde el Señor os puso cuando os llamó a su amor y gracia, si queréis ir a gozar del fruto que se da en la Iglesia triunfante de la gloria. En la cual plega al Señor que todos lo bendigamos, loemos y gocemos por siempre. Amén.

#### 27.—A UNA ABADESA

*Consolándola en la muerte de su hermano, Cardenal.*

MUY REVERENDA SEÑORA:

1. Desde acá veo cuál está el corazón de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir, y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazón algo de la pena del de vuestra merced; y lo demás saco por lo que el deudo (1) tan cercano, y el amor tan entrañable, juntos a una, atormentarán ese corazón. Menester es medicina del cielo, y plega al Señor se la quiera enviar, pues Él ha enviado la llaga.

Señora, no sé, en trabajo tan grande, otro mejor consuelo, que mirar que esto fué a provecho del Cardenal mi Señor, que es en gloria; pues aunque dejó su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericordia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo; que ni la misericordia de Dios, ni la vida de él, otra cosa nos consienten pensar, por incrédulos que seamos.

(1) *Deudo*: parentesco.

Muy bien está, señora, gozando de Aquel por quien en esta vida tantos trabajos pasó, y teniendo por galardón al mismo a quien en esta vida tanto sirvió. ¡Oh, váleme Dios!; y si cuando estaba en esta vida tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo pegaba a quien le miraba, ¡qué tal estará ahora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir a nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, señora, aquel a quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá. Y si nos viese llorar, nos lo reprendería; aunque sí ve, y sí reprende, y por eso es razón que se ponga templanza en ello.

Decíame él algunas veces que el consuelo de sus trabajos era esperar que lo había de llevar nuestro Señor de este mundo en camino de salvación. Y no osaba él con su humildad, de la cual Dios tan abundantemente lo dotó, decir que había de ir luego al cielo, sino que se embarcaría para purgatorio, y de allí iría a lo alto. Y como Nuestro Señor haya dado este consejo, que nos sentemos en el postrer lugar, para que Él nos diga: *Sube conmigo más arriba* (Lc., 14), bien creo yo que hizo con él más de lo que él esperaba, y que le tiene en su eterno gozo, pues acá le dió tanta gracia para le servir y amar. He aquí sus deseos cumplidos; ya tiene a su Dios por quien suspiraba; ya alaba al que acá predicaba; y también verá a su muy querida y particular Señora, la Madre de Dios. Bendito sea Dios, que de vida tan trabajosa, de cárcel tan obscura, de cieno tan lodoso le libró (Ps., 112), y levantó *al pobre del polvo*, y lo asentó en sus reales palacios, dándole silla de gloria y corona de alegría *con los Príncipes de su pueblo*, y ésta para siempre sin fin. ¡Oh señora, y si nunca saliéramos de esta habla, que tan dulce era, trayendo a la memoria cómo nuestro buen Padre y pastor está reinando con Cristo en la gloria! ¡Oh, si no fuera menester hablar para más, que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos!

2. Mas volviendo la plática a nuestra pérdida, témpenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios que así lo ordenó, que si a nuestro amado Padre le había de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase a nosotros tan gran soledad en la tierra, y tan verdadero dolor en el corazón. Señora, recio trance nos es éste, carecer de quien así nos amaba y así nos aprovechaba en uno y en otro.

Cayósenos el árbol a cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la rezure (2) del frío que nos dará en descubierto. ¿Qué diremos o qué haremos? Sea el nombre de Jesucristo bendito, que nos quiso atribular para purgar nuestros pecados, y despertar nuestros ojos que estaban muertos de sueño. Bastar debe esto para que recordemos (3) y del todo nos desasamos de este mundo, no teniendo en él cosa en que poner el corazón, sino acuciándonos a imitar a nuestro buen maestro y padre, para que va[ya]mos adonde él fué, y nunca jamás le perdamos de vista.

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo; alcemos los ojos al que es *Padre de ellos* (*Ps.*, 67, 6), y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos más menester, y nos llevó consigo a quien solía ayudar. Ya no escribiré a vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo; pídale a nuestro Señor que le envíe en el corazón lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos desamparados y desconsolados; y quiso parar a vuestra merced tal, para más particularmente tener cuenta con ella, según dice David (*Ps.*, 9): *A ti es dejado el pobre; y al huérfano tú serás ayudador.*

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no para se desmayar; pues así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que a nuestro Señor se debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que Él manda tener en medio de los trabajos. Dios llevó a nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al Pastor de todos, y seamos oídos y remediados de Él. Para quedar Jesucristo en lugar de hermano y de padre, se llevó al que lo era de vuestra merced, pues la criatura sin el Criador no puede aprovechar nada, y el Criador a solas sí. Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazón airado, sino amador; y si es ira, es ira de padre, que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza. Sépale responder con amor a este castigo de amor: sepa humillarse a la vara del Omnipotente: y abra su boca, y beba esta purga con pa-

(2) *Rezura*: recierra.

(3) *Recordemos*: despertemos.

ciencia, que el celestial Médico le ha enviado, no para que muera, sino para que sane. Agradézcale mucho que no la dejó de curar con amargura el que con blandura no aprovechaba; y contemple cuán gran cuidado tiene nuestro Señor de su salvación, pues por tantas partes le encamina a ella. Aquesto es, señora, como San Gregorio dice, «un gran empellón para ayudarnos a ir al cielo»; porque con el dolor se purgan los pecados, y despertaremos de nuestra tibieza, y de hecho nos despediremos de esta vida, y cobraremos nuevos deseos de la otra.

3. Y pues para estos intentos lo envía nuestro Señor, no le seamos pesados en hacerle ofensa con lo que Él envía para que paguemos lo que hemos hecho, y ganemos en lo de adelante; y póngase tasa en la tristeza, pues tenemos Señor a quien obedecer en el gozar y el llorar; y en el medio de la pena digamos lo que el Señor dijo en medio de su angustia: *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho* (Mt., 26), para que seamos hijos de obediencia, a los cuales solos está prometida la corona del cielo. No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo, sino entendamos en vivir como Él, para ir a reinar con Él. No nos quitemos de nuestro Señor, ni nos tengamos por menos amados; antes le demos gracias muy de corazón por el bien que a nuestro Padre hizo, del cual nos debemos gozar como de cosa propia; y por el azote que a nosotros envió, porque es para quitar nuestras culpas y coronar nuestra paciencia.

No tenemos, señora, por qué quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado; y si es justo, es probado para ser coronado. Entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto, sin carga de ellos, volemos al Señor, donde están descansando los que aquí lloraron, y reinan los que aquí tuvieron cruz. En compañía de éstos han metido a vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz: trabaje por dar buena cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos cómo fué puesto en ella, y la Madre de Él cuán cerca estuvo de ella según el cuerpo; y cuán en ella según el corazón; y quiera más estar cerca de tal Madre y tal Hijo, por agría que le sea esta tribulación, que no estar lejos sin ella. Abaje su cerviz, y tome este yugo, pues en la de Jesucristo hubo sogas que la desollaba; y humille su hombro para llevar esta carga, aunque le duela, pues el Señor de todos llevó la pesada

cruz por amor de ella. Él la esforzará, pues Él la ha afligido; Él le enjugará las lágrimas, pues la ha hecho llorar, y le sentirá de aquí adelante más blando, como suelen estar los padres cuando han hecho llorar a sus hijos, que con nuevos regalos y amores les pagan la pena que primero les dieron.

Desembarácese vuestra merced de la demasiada tristeza; no deje pasar el tiempo en balde; alléguese a nuestro Señor como mejor pudiere, que Él estará cerca de vuestra merced según su promesa (*Jac.*, 4), y sacará bien de este trabajo, pues para eso lo envía. Y haga ese corazón recio, teniendo escrito en él lo que dijo Jesucristo (*Jn.*, 15): *Como mi Padre amó, amo yo a vosotros.* El Padre amó a su Hijo mucho, y le entregó en poder de muchos dolores. Ama el Hijo a vuestra merced mucho, y por esto envíale éstos: llévelos con paciencia, como el Hijo llevó los suyos, y será amada de Él, y sentarla ha en el trono de Él, como Él se sienta en el trono del Padre.

Y sea la conclusión, que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos* (*Act.*, 14, 21), y que todo es barato con alcanzar tan grande bien. Testigo me es Jesucristo, que tuviera por gran merced de Él poder ir a llorar con vuestra merced la común pérdida: estórbalo ser el tiempo de Adviento, y estar bien prendado por la palabra para una Iglesia, que no es lícito dejarla. Suplicaré a nuestro Señor me haga merced de, pasada la Pascua, poderlo hacer.

El sea consuelo de vuestra merced, como vuestra merced ha menester, y como yo lo deseo.

## 28.—A UNA SEÑORA

*Consolándola en la muerte de una su hermana religiosa. Que daña mucho la demasiada tristeza, y cómo ha de llevar este trabajo.*

1. Pocos días ha que supe la merced que nuestro Señor hizo a su esposa la señora Soror María en sacarla de este peligroso destierro, y llevarla al puerto de la seguridad: y también entendí y supe la pena que con su ausencia V. S. ha tomado. Necesarios fueron dos corazones, para con el uno gozarme con la que goza, y con el otro penarme con la que pena; pues que a entrambas soy deudor general y particularmente. Mas pues ella ya está en salvo, y no tiene

necesidad de mi gozo, y acompañar a los penados es cosa que debemos elegir, determino de ocuparme y enderezar esta carta al desconsuelo de V. S. Parte de él tengo, y especialmente porque en ninguna manera querría que hubiese en V. S. lo que temo, y es no tome la pena con algún exceso de la que sería razón tomar, porque esto sería doblada pérdida, con amargura de pena juntarse ofensa de Dios. Suplico a vuestra señoría mire con muy despiertos ojos, que como no tenemos licencia para los demasiados placeres, tampoco la hay para la demasiada tristeza; pues en lo uno y en lo otro debemos ser sujetos a la santa Ley de Dios. Que no menos cumplimos nuestra voluntad en llorar y penar hasta hartar, que [en] vanamente reír y regocijarnos. No menor impedimento es para servicio de Dios la tristeza, que consume y derriba el vigor del corazón, que la vana alegría, que se hace disoluta (1) y sin peso. Porque ¿cómo podrá el corazón derribado decir con verdad a nuestro Señor (Ps., 56): *¿Aparejado está mi corazón, Dios; aparejado está mi corazón?* Pues estando sumido en el abismo de la tristeza y enflaquecidas todas las fuerzas, no se pueden tener en pie para lo que cumple a los prójimos y a lo que cumple al Señor. Así confesó su flaqueza el sacerdote Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos de un golpe, y siendo reprendido de su hermano Moisés de no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podré yo agradar con el sacrificio al Señor con ánimo lloroso?* (Lev., 10, 19).

Cierto, ilustrísima señora, quien a otro ha de servir, tan ajeno ha de estar de profunda tristeza, como de otro cualquier impedimento; porque no podrá hacer servicio, o irá lleno de hiel para sí o para quien lo recibe. Y por estos y otros males que de la tristeza sobre los difuntos suelen venir, ya que la Escritura dé licencia para que tomemos el lloro, luego acude diciendo (Eccli., 28, 21): *Consuélate de la tristeza, y no des tu corazón a la tristeza; mas alánzala de ti y acuérdate de tus postrimerías.* Y en otra parte dice: (Eccli., 30, 24): *Alanza la tristeza lejos de ti, porque a muchos mató la tristeza, y no hay provecho en ella.* Y no sólo no aprovecha, mas mucho daña, como en otra parte se escribe al mismo propósito de tristeza causada sobre difuntos: *De la tristeza se sigue siem-*

(1) *Disoluta*; en la edición de 1578, absoluta.

pre la muerte, y derriba la virtud y abaja la cerviz (Eccli., 38, 19).

2. Y esto, señora, a ser solamente en el cuerpo, no fuera tan de temer; mas toca en el ánimo, y por eso se ha mucho de huir. Porque para andar un ánimo en pie delante de Dios, y poderse defender de tantos enemigos como la combaten, y poder darse manos a negocios que de ella penden, ha menester un vigor interior y un esfuerzo muy entero, ni más ni menos de como quien anda en la guerra. Y durando en ella, está en pie y cumple por todo; y perdido éste, luego es caída; y sobre ella cargan los enemigos, como cuervos sobre animal flaco y caído, al cual acaban de matar con picos y uñas; de manera, que mediante el desmayo y flaqueza, le viene la muerte, como le acaece al ánimo con la tristeza. Pues no envió Dios estos trabajos a V. S. para perder, sino para ganar, ni la amargó sino para la curar y sanar, no vuelva el negocio al revés, enfermado con la medicina, y des agradando a nuestro Señor en el tiempo que más le había de agradar.

3. Mire al pacientísimo Job, que viendo siete hijos muertos en un día y en una hora súbitamente, no se quejó ni desmayo, mas *bendijo al Señor, que le quito lo que primero le habia dado* (Job, 1, 21). Y aunque los tenía muy bien doctrinados, y gastaba muy santamente su hacienda, y empleaba muy bien su propia salud, quiso nuestro Señor quitárselo todo, para que entendiésemos él y nosotros que le agrada mas nuestra paciencia obediente que nos viene de la adversidad, que el uso, aunque bueno, de la prosperidad. Y para ejercitarnos en esto, pone Dios sus ojos para quitarnos delante los nuestros lo que más en ellos lucía, para que tanto más el sacrificio de nuestro corazón lastimado y obediente sea a Él agradable, cuanto a nosotros es más amargo, por carecer de cosa muy amada.

Y de esta manera mató Dios la mujer del Profeta Ezequiel (24, 16), de él muy amada, y le dijo: *Hijo de hombre, yo quito delante de ti lo deseado de tus ojos. Que no llores ni plañas, ni corran lágrimas de tus ojos: gime callando (2) y no hagas planto (3) de*

(2) *Callando* (tacens); la edición de 1578 dice *gustando*.

(3) *Planto*: llanto, lamento.

*muertos*. Bastantemente estaría el Profeta lastimado con haberlo herido en lo que más lucía en sus ojos; y acreciéntale más la tristeza con quitarle el consuelo que, con llorar y plañir, los así heridos suelen tomar; y hartándole su anima de acibar, no le dejan hartar de llorar, ni aun gustarlo. Para que entendamos que el siervo de Dios, según he dicho, no ha de soltar la rienda a la tristeza ni lágrimas, mas ser también en esto obediente, como en tomar los placeres por tasa.

Y repítolo esto otra vez, porque no sea V. S. engañada como muchos, a quien finalmente se les persuade que deben huir de la demasía del gozo, porque no ofendan al Señor, y no hay quien los pueda sacar del pozo de la tristeza, pareciéndoles no correr peligro, ni hacer mal con estarse en ella. Los cuales si supiesen que la cuenta que Dios con nosotros tiene, más es con las raíces de nuestro corazón que con las obras que tenemos de fuera o dentro, verían claro que si toman la tristeza sin regla o medida y sin obediencia de Dios, no lo hacen sino por cumplir en ello su propia voluntad. Y siendo ésta la raíz, tan desagradable es al Señor, como cuando toman los grandes placeres por la misma voluntad.

4. Por lo cual, ilustrísima señora, abra su corazón a la palabra de Dios, y entienda que, no por ser atribulado uno, es amigo de Dios, sino por pelear contra la tribulación, y llevaria a lo menos con paciencia, si no pudiere con alegría. Levante el corazón caído y *esfuerce las manos enflaquecidas* (Isai., 35, 3), y luche con el gigante, que es el dolor, para que quede probada en la tentación, y gloriosa con la victoria, y pueda decir al Señor (Ps., 16): *Probaste mi corazón, y visitástelo en la noche; con fuego me examinaste, y no fué hallada maldad en mí.*

Despierte, señora, y abra sus ojos, y mire a la más Santa de las santas, y más atribulada que todas las santas y no santas, cómo estando su Hijo colgado en un palo, y crucificado con duros clavos, Ella estaba al pie de la cruz. Lo cual quiso el Espíritu Santo que supiésemos nosotros, porque en la manera del estar el cuerpo de fuera, viésemos cuán en pie está, en trance tan recio, su Corazón en lo de dentro; cuán de verdad y con cuánto dolor y con cuánto esfuerzo ofreció su querer y su Hijo en la voluntad del Padre, queriendo ser antes hecha millones de pedazos, que

perder un solo punto de la leal y esforzada obediencia que a Dios se debe tener.

Mire también el Profeta Elías, tan cargado de tristeza, que deseaba y pidió la muerte al Señor, y se cae dormido con el peso de ella; mas no le responden del cielo conforme a su voluntad; que no se pagan de tales corazones caídos. Despertólo el ángel del Señor, y dícele (2 Reg., 19): *Levántate y come, que mucho camino te queda de andar.* Y así me parece, ilustrísima señora, que veo a vuestra señoría muy apesgada con la tristeza y adormecida con la amargura, y tan cansada de vivir, que escogería de buena gana el morir. Mas oiga ahora V. S. por boca de un pecador lo que Elías por boca de un ángel; pues ella está como él, provecho le será oír lo que él, aunque el mensajero sea diverso: *Levántese, señora, que mucho camino le queda por andar.* Deje ya las lágrimas llenas de infidelidad, como San Jerónimo lo dice, sin medida y sin tasa; conténtese ya con la afrenta que ha hecho a la carne, dejándola entristecer y llevar a su voluntad. Levántese de la muchedumbre de pensamientos, que como vientos bravos turban la mar de su corazón, y no la dejan reposar, ni adorar con silencio al que este azote envió sobre ella.

5. Tenga ya algún lugar la razón, para poner tasa a la sensualidad; téngalo la fe, para confiar que aquella por quien llora, no es muerta, mas goza de muy mejor vida; téngalo la esperanza, para consolar a vuestra señoría, y darle a entender que, pues Dios con tales golpes aquí la labra, asentarla tiene en el cielo por piedra escogida. Los golpes oímos, y el estruendo de sierra y de la azuela también. Y pues el oficio de Dios es en este mundo hacer este ruido, labrando a los suyos, para asentarlos después en su templo de paz, y donde no se oye ningún sonido de aquestos, espere V. S. el asiento de la paz. Y pues ve en sí los ejercicios y prueba de la guerra, y pues es una de las desterradas y martilladas con muchedumbre de trabajos, espere que se verá ser una de las ciudadanas contentas del cielo, pues que dice San Pablo (Rom., 5): *Que la tribulación obra paciencia, y la paciencia probación, y la probación esperanza, y la esperanza no nos saldrá en balde; porque la caridad de Dios es infundida en nuestros corazones.* A ésta haga V. S. lugar en la mitad de las muchas aguas de sus tribulaciones no la deje apagar. Porque si quiere nombre de ama-

dora de Dios, no lo ha de ganar entre los regocijos y acaecimientos conforme a su voluntad, mas entre estos azotes, espinas, hiel y vinagre, y en desierta cruz, a semejanza de Cristo, que metido entre estas cosas, nos enseñó su amor. El cual, señora, fué verdadero, porque fué probado, y permaneció fijo en la tribulación; y así, si V. S. quiere responderle con amor, sepa que no lo hay sin dolor; y que aunque no hay espada que con mano de sayón la martirice, este amor, infundido de la mano de Dios, la martirizará, pues no la dejará andar a su propia voluntad; mas hacerla ha contradecir a su tristeza, y aun [a su] gozo, por andar a voluntad de su Amado. Y toda esta pena que por una parte sufriere, resistiendo a su voluntad, por otra parte se la quitarán, haciéndola tomar con dulcedumbre la voluntad del Señor más que por propia.

Amor es el que a V. S. ha entristecido, amor es el que la consuele. La ausencia de su querida la ha fatigado, la obediencia y amor de Dios le quite su fatiga. Él fué el que lo hizo; no le parezca a V. S. mal, pues le parece bien al Señor que lo hizo, y con el amor de Él venza el amor de la criatura.

6. Cuanto más, que si no tiene adormida la confianza, con el mismo amor de su querida recibirá consuelo de la llaga que con su ausencia le dió. Porque si acá hizo falta, allá hizo presencia. Si esto dejó, cosas mejores le dieron. A sus hermanas dejó; mas allá halló otras hermanas, y otro padre, y madre y esposo. A su Dios fué, a su dulce Esposo fué, al cual obedeció, sirvió y amó. ¿Qué mal hizo su Esposo en llevar a su esposa consigo, ni ella en irse con Él? ¿No ve V. S. que ella era desposada, y que había de venir algún día el día de las velaciones, y salir de casas ajenas, e irse con su marido? ¿Qué quiere? ¿Tener la desposada por muchos años, que estaba apartada de su marido? Pues que se da prisa a enviar de las casas de la tierra a los hijos que engendró (4), ¿por qué se le hace tan de mal enviar a esta bienaventurada a la casa del cielo, pues como a propia hija la ama? Y[a] que alguna pena se sienta en ver ausentar

---

(4) Por esta frase sospechamos que la carta va dirigida a doña Leonor de Hinestrosa, que tanto gozo tenía de enviar sus hijos pequeños al cielo. (Vease Granada, VIDA DEL P. M. AVILA, p. 3.<sup>a</sup>, c. IV, § VI.)

a quien mucho amamos, mas solémosla templar en ver ir en prosperidad al que a nosotros hace falta. Pues coteje V. S. la prosperidad de los hijos que acá tiene, con la que esta su amada posee, y verá que pues la ama, debe vencer el gozo de su bien a la pena de su ausencia, como un gigante a un enano, pues aquello es eterno y lo otro temporal.

¡Oh señora, si pudiésemos ver cuán bienaventurada está nuestra Soror María! En bodas está, o ataviándola para el día de ellas. Ningún contento recibirá con ver a V. S. con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Muy bien le ha pagado nuestro Señor el mundo que dejó, el esposo de carne que renunció, la fe que le dió y le guardó, y por mil mundos no trocaría el menor bien de los que allá posee. *Sacádola del lago de la miseria, y del lodo y de la hez* (Ps., 39, 3), y de los peligros, trasladándola a la región de la seguridad, donde luce perpetua luz y gozo, que sale de la vista de la Divinidad, que como río con grande avenida, refresca, harta y embriaga a los ciudadanos del cielo. Su comida es del Arbol de la vida perpetua, y su vestidura es lumbre y gloria, y su corazón está transformado y absorbido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios, y echa un espíritu con Él, con atadura y abraccio (5) tan fuerte, que mientras Dios durare, ninguna cosa será tan fuerte ni tan poderosa para la apartar a la bienaventurada Soror María de este abraccio tan apretado y casamiento tan juntísimo, que entre ella y Dios se ha celebrado, o muy presto se celebrará.

Gozosa está ella con ello: esténlo los que la aman. Y cuan delantera es en el amor, séalo en el gozar; pues el verdadero amor quiere el bien del amado, aunque sea con pérdida propia. Y cese ya el luto y tristeza, porque nuestro Señor no se ofenda, y ella no reprenda, como Santa Inés a su madre, el tiempo que ni a vivos ni muertos aprovechará, ni a sí, mas a todos daña. Y no sea impedimento para el aprovechamiento de las virtudes, que ha menester alcanzar para lo que le queda de caminar y padecer, hasta llegar al monte de Dios. Para lo cual es menester esforzarse y levantarse con propósitos nuevos, como quien ahora comienza a *comer el pan subcinericio* (3 *Rea.*, 19. 6), que es confesar y comulgar y beber el

(5) *Abrucijo*: abrazo.

*agua, que es oír la palabra de Dios; porque para no faltar en el camino, todo esto es menester: y comenzar luego a caminar.*

29.—A UNA SEÑORA ILUSTRÍSIMA.

*Consolándola por segunda vez en la muerte de una persona, cuya ausencia había sentido mucho. Repréndela de este demasiado sentimiento (1).*

1. Dios mandaba en los tiempos pasados (*Deut.*, 20; *2 Reg.*, 20), cuando iban a castigar a la tierra de promision, que convidasen primero con paz a la ciudad o lugar donde fuesen; y si con esto no se rindiesen, la castigasen y tomasen por guerra. Conforme al cual mandamiento, pudiera yo tener licencia para reñir con V. S., pues por paz no se ha querido rendir en lo que tan blandamente le supliqué acerca de su consuelo en el trabajo que nuestro Señor le envió; antes me dicen que la carta de paz sirvió, no de quitar lágrimas ni tristezas, sino hacerlas salir de nuevo mientras se leía, tomando V. S. ocasión de más enfermar con la medicina. Mas con todo esto, no podré acabar conmigo de reñir; porque la licencia que por una parte me daba la razón, me la quita por otra la compasión; la cual tanto más se debe a vuestra señoría, cuanto más sin cuenta y tasa se aflige. Y por esto tornaré otra vez a curar la llaga con blandura, como dice la Escritura (*Prov.*, 17), *que aprovecha más la corrección al prudente, que cien azotes al necio*. Y plega al Señor sea servido obrar Él hablando yo, para que ni V. S. quede cansada de leer y sin consuelo, y yo de escribir y sin fruto.

2. Dígame, ilustrísima señora, ¿por qué, ya que los ojos del cuerpo se han ocupado con abundancia de lágrimas, que impiden la vista del cuerpo, los ojos del ánima se han ido tras ellas y cegado con ellas, pues no han considerado al que envió este trabajo y el valor de él, y el fin para que fué enviado? Que de falta de esto ha nacido la mucha sobra del sentimiento que como quien no tiene estorbo, se ha en-

---

(1) Sospechamos que esta carta va dirigida a la misma doña Inés de Hinestrosa, para quien, según el P. Graciana, hay muchas en este Epistolario.

señoreado del todo en el corazón de V. S. ¿Cómo, señora, y así se han de recibir las mercedes de Dios, que sólo por darlas Él, deben ser estimadas, aunque sean llagas? Pues de mano de tan alto Señor y amoroso Padre no viene cosa que, por reverencia de Él, no deba con humilde obediencia ser recibida, y con hacimiento de gracias muy abrazada.

¿Así se le ha olvidado, que siendo el sacerdote Heli amenazado de parte de Dios con muerte de dos hijos en un día, y con otras aflicciones, respondió con la reverencia debida (1 Reg., 3): *Señor es; haga lo que en sus ojos fuere agradable?* De la misma manera dice David (2 Reg., 15, 25) que si el Señor no fuere servido sacarlo de la tribulación en que iba huyendo de su propio hijo y desterrado de su propio reino, que haga lo que en sus ojos bien visto fuere. Los cuales entrambos tenían consideración de la humílisma obediencia que a la soberana majestad de Dios se debe, en todo lo que hace, o quisiere hacer, de nosotros y de nuestras cosas. Y ésta se ha de conocer en la mansedumbre y en la igualdad del corazón con que su azote se recibe. Porque decir la boca: ¡Bendito sea Dios que lo hizo! y exceder el modo de la tristeza y lágrimas, es *confesar con la lengua al Señor y con las obras contradecirlo* (Tit., 1, 16). Y aunque el Señor quitase aparte su majestad, con la cual puede hacer lo que de nosotros quisiere, sin que tengamos licencia para murmurar de Él, ni para exceder en el sentimiento, puede con mucha justicia reprendernos mirando el mismo castigo.

3. Enjague V. S. un poco sus lágrimas, sosiegue su corazón, y verá cuán bien dice la Escritura: *Hijo, no te fatigues cuando eres del Señor castigado; porque a los que Él ama castiga, y como el padre en su hijo, así se complace* (Hebr., 12). ¿Qué quiere V. S. tanto llorar lo que la Escritura dice que *no se fatigue*, y quiere entristecerse por ser tratada como *hija*, e hija amada? ¿No sabe que dice San Agustín: «Si estás fuera del número de los azotes, estás fuera del número de los hijos»? ¿Por qué prevalece tanto el amargor del gusto, que hace al ánimo que no halle dulzor en merced tan grande? Dígame V. S.: ¿pequeño bien le parece ser amada de Dios como hija? Pues si este parentesco le contenta, no le desagrada ser tratada como tal. Téngase por indigna de ser ella vestida de la librea que el Hijo de Dios y su santa Madre fue-

ror vestidos; el cual murió teniéndola a Ella delante sus ojos, y sintiendo lo que Ella sentía; y Ella lo vió morir a Él delante los suyos, con menos regalos que vemos morir a los que nosotros amamos. Pues ¿qué locura será la nuestra, no querer imitar a Aquellos, a los cuales nos preciamos de adorar y honrar, ni querer ser compañeros de los que queremos por señores, y huir de seguir a los que deseamos conseguir?

Basta ya, señora, la fiesta hecha a la carne. Baste el tiempo que se ha ocupado en roer lo amargo de la cáscara. Entre ya en lo secreto del corazón, y adóre allí al Señor que esto hizo, y déle gracias porque la tuvo por digna de darle a beber de su misma copa. Llame hermana a la tribulación, y déle muchos abrazos, que ésta fué la esposa de Jesucristo, y tan amada de Él, que murió abrazado con ella, pues murió con brazos abiertos en cruz. No piense que esta honra, que con ella le vino, es sin provecho, pues antes se contarían las estrellas del cielo, que los provechos de la tribulación.

4. No tenga V. S. a nuestro celestial Padre por tal, que quite algo sin dar cosa mejor, ni que azote sin mucha ganancia del azotado. ¿Por qué piensa que la azotó? Por perdonarle en el otro mundo la pena que sus pecados merecen. ¿Por qué la azotó? Por darle ejercitación más alta que la que tenía: que aunque entendía en buenas obras y sea buen ejercicio, más alto es ser llamada para sufrir tribulaciones. Y aunque mucho agradase al Señor en la compañía de su querida, más agradará en sufrir con paciencia su ausencia; como el buen Job y Tobías más agradaron con las gracias en la tribulación, que con el gozo de lo que poseían y bien gastaban.

Estos son los triunfos de los cristianos, como San Jerónimo dice, que «el no dejarse vencer de las angustias, es gloria». Y si todavía pregunta por qué la azotó el Señor, diré: por amonestarle que anduviese más aprisa el camino de Dios; porque como San Hilario dice: «Siempre la paz fué peligrosa a la fe ociosa.» Y cuando no tenemos cosa que nos punce, andamos tan tibios que es asco vernos; y hiérenos el Señor como a perezosos, para que los ojos que la culpa cierra, la pena los abra, y lo que su amor no alcanza de nosotros, lo acabe el dolor. No para que vuestra señoría se esté llorando le envió Dios esto,

sino para que más y más olvide cuál fué el sarmiento con que la hirieron. y entienda en lo que le quiso decir el Señor con el golpe.

5. ¿No sabe cuán reciamente se enojó Dios contra los hijos de Israel porque se sentaron a llorar a la puerta de sus moradas en el desierto (*Num.*, 14), y caídos sus corazones con poca fe, los tenían llenos de desaprovechada tristeza? Santa Paula lloró la muerte de su hija, y reprendióla mucho San Jerónimo, llamando a sus lágrimas «llenas de infidelidad, y sin tasa y medida». Porque cierto, donde la fe está viva de ser Dios quien lo hace, y del buen lugar donde el espíritu esta, y del provecho que Dios busca en el azote, será tanto el gozo causado de aquesta fe con obediencia, que quite o temple la tristeza causada del golpe.

Los judíos tenían por grave mal la muerte del cuerpo, porque amaban mucho los bienes de acá; y con todo esto lloraban sus muertos siete días, como hicieron al santo Jacob (*Gen.*, 50); y al más santo que entre ellos había, que era Moisés, lloraron por espacio de treinta días (*Deut.*, 34). Pues ¿qué vergüenza será a una cristiana que está enseñada por Jesucristo [a.] temer y llorar la vida, y amar el día de la muerte como entrada en el reino, perseverar tanto tiempo en llorar, que excede a los que eran de este mundo vecinos? San Pablo dice (1 *Thesal.*, 4): *No os entristezcáis por los que duermen, como los que no tienen esperanza.* Pues V. S. la tiene de su querida, ¿por qué la llora como si no la tuviese? ¿Por qué no toma para sí lo que el Señor dice a las hijas de Jerusalén (*Lc.*, 23), que lloren sobre sí y dejen a Él? Llora V. S. por quien está fuera de peligro, ¿y descuidase de ponerse ella en cobro? Llora por quien fué a su tierra y entró en el tálamo con su esposo, ¿y olvidase de llorarse a sí por estar en el desierto y tan lejos de su Señor?

6. ¡Levántese ya encima de sus pies; no deje pasar el tiempo en balde! Tome a cuestras su cruz, y camine, y no esté tanto tiempo arrodillada con ella. Y mire que esto le envió el Señor para provecho de su ánima, para tanto más acompañarla, cuanto más sola quedó de quien la servía y agradaba. Hínque en el suelo sus rodillas, y bese el cabo de la vara del gran Rey Asuero, como hizo Esther (2), adorando al Se-

ñor y dándole gracias por esto que ha hecho; no mirando al *medio* de la vara, sino al *cabo* de ella; porque aunque esto tenga cuerpo de tribulación, al *fin* es provecho de la difunta, y de V. S., y gloria del mismo Dios. Y pues el paradero es tan bueno, súfrase el golpe de la vara que da Asuero, y cóbrese esperanza del mismo golpe teniéndose por amada, para que *la misma vara le sea consuelo*, como decía David (Ps., 22, 4). Y diga: «*Ahora comienzo* (Ps., 76, 11), y abro los ojos. La hiel me ha tornado la vista como a Tobías (12).» Y camine adonde está la que en este mundo amó; pues que los males que aquí nos fatigan, a Dios nos constriñen que vayamos. Y peleando con su corazón, desechará la tristeza; pues habiendo celebrado Pasión, es razón que celebre Resurrección, y así goce de la Ascensión y corona del cielo, que es de gozo, y se gana con muchos trabajos.

### 30.—A UNA DONCELLA.

*Exhórtala fervientemente a amar a Cristo y pedir por la Iglesia.*

Visite Cristo a vuestra merced por la visitación que me ha hecho; tenga de ella cuidado Cristo por el que ella tiene de mí; ámela Cristo por el amor que me tiene; que no sé yo quién otro basta a satisfacer esta caridad, si Él sólo no.

Deseo saber cómo le va, y que le fuese bien. Porque siendo el Esposo que escogió tan bueno, no hay razón por que le vaya a ella sino bien; y no teniendo otra cosa en que entender sino en agradar a los ojos de Él, razón es que ande delante de su presencia muy limpia y muy agradecida, pues en todas las partes la mira y la oye. ¡Oh señora, y si una vez alzásemos los ojos que por la tierra traemos, y los empleásemos en mirar a este espejo lleno de tanta hermosura, que es Jesucristo nuestro Señor, luz que procede del Padre! ¡Oh si una vez penetrásemos una centellica del amor con que anduvo trabajando por nuestra salud, hasta perder la vida por nosotros! Ciertamente nos afrentaríamos de vernos tan tibios, y, de airados contra nos, mudaríamos nuestra vida, siguiendo en algo la suya. ¿Qué haremos, señora, que somos amados y no amamos? ¿Que se digna Dios de rogarnos

con su amistad, y a nosotros no se nos da de ello nada? Y mejor nos sabe un cohombro o una cebolla de Egipto (*Num.*, 11) que la excelencia del manjar celestial; aquéllos buscamos con grande ansia; y éste, aunque nos lo ponen en la boca, no curamos de lo comer, por no trabajar siquiera en mascarlos. Hémos parado tan flojos en el servicio del trabajado y diligente Señor, que parece que nosotros somos los señores y Él es el esclavo. Luego nos cansamos de pensar de amar al único descanso nuestro. Y porque no somos para de una vez poner cuero y correas, quedamos siempre desconsolados. Porque, según dicen, «Cabra coja no tiene siesta». Huímos del trabajo, y caemos en él; porque no hay otro igual, que los latidos de la conciencia, que acusa de no hacer lo que debemos.

Comencemos ya nuestro partido por Jesucristo; movamos guerra contra nosotros, y estemos siempre en vela, pues nuestros enemigos así lo están. Y amansemos a Dios por los enojos pasados, pues es grande vergüenza haber afrentado a su Padre, y no traer herido el corazón con dolor, y la faz afligida con vergüenza. Tiempo es de hacer penitencia, y orar mucho al Señor cada uno por sí y por la Iglesia (1); porque si no hay quien al Señor vaya a la mano, creo que quiere hacerse temer. pues que nosotros no le queremos amar y estar aparejados para, si menester fuere, perder la cabeza y vida por Cristo. Plega a su misericordia que no nos deje Él por nuestros pecados; mas nos haga dignos de estar firmes en su fe y amor; que ni el error nos engañe el corazón, ni la espada nos ate la lengua, sino que suene Jesucristo en nuestra boca delante del perseguidor, aunque sea con perder la vida.

Cristo sea amor de vuestra merced. Amén.

### 31.—A UNA DONCELLA.

*Enséñala a buscar a Dios con paciencia y humildad.*

La bendición que vuestra merced me pide, suplico yo al Padre de las bendiciones la dé a vuestra mer-

(1) Orar por la Iglesia es una idea frecuentemente inculcada por el Beato,

ced, para que sus santos trabajos fructifiquen, y quitada toda ignorancia delante de sus espirituales ojos, vea a sí, y vea a Él, para que ni atribuya a sí misma bien alguno, ni a Él mal alguno, sino que se quede Él con su divinidad y nosotros con nuestra animalidad. Y si esto no viene luego, ya le he avisado que este camino, como San Bernardo dice, se ha de pasear, y no volar. Llegarnos tenemos a Dios, como quien ara y siembra, que no pide luego el fruto, sino después de muchos días, y pierde de presente con esperanza del bien por venir. No conviene, señora, desmayar, aunque muchas veces seamos heridos; sino andar y gemir, hasta que nuestro Señor nos mire y haga limosna; y no la hace ahora pequeña en sufrir delante de sí a cosa que merecía estar en los infiernos. Y pues ésta da, Él dará las demás; y si no fuere tan presto, así conviene que [los soberbios] sean ásperamente tratados hasta que vean con vista de ojos que no es suyo el bien, sino de Dios; que si algo les dan, no se han de engrer, sino temer y avergonzarse cómo a cosa tan indigna le es dado el bien que [no] merecen.

Y porque los hijos de Eva somos locos, y heredamos aquella soberbia que ella tuvo, cuando deseó *saber a semejanza de Dios* (*Gen.*, 3), no nos espantemos que nos trate el Señor de arte que veamos que somos necios, flacos y malos. Y hasta que este conocimiento haya, estaremos tentados y desconsolados y afligidos. Y así estamos menos mal que si algo nos diesen; porque al soberbio peor le va mientras más tiene; porque mientras mejor, es peor, pues es ingrato y desconocido a mayores bienes, y robador de mayor gloria.

Por tanto, conviene caminar con esfuerzo y largueza de corazón, esperando que el Señor hará como quien es. Y que no nos hace pequeña merced en darnos gracia que le busquemos, aunque sea con trabajos y sequedad; y del todo ponernos en sus manos, y el tiempo y el cómo: que por despeñaderos y riscos suele Él llevar al descanso, aunque piense el que va que camina para perderse.

Jesucristo sea con vuestra merced. Amén.

## 32.—A UNA DONCELLA

*Enferma y desmayada en el camino de Dios, animándola; enséñala por qué da el Señor desvíos a sus siervos.*

SEÑORA :

1. Estotro día escribí a vuestra merced, y temo que no fué la carta a sus manos. Si es así, procurela y leala, que segun me parece, todo será menester para su consuelo.

¿Como a la niña que la ausentaron de su madre, y luego enflaquece, *asi no puao veiar una hora* (Mt., 26, 40), ni tenerse en pie, sino luego dar consigo en desmayos y enfermedades de una parte y de otra? Y lo peor de todo es la desconfianza que toma de no sucederle con Dios como desea. Mucho me parece al criado del otro, que dicen que andaba todo el año sin capa, etc. Señora, ensanche ese corazón, y alárguelo, primero para sufrir muchos trabajos de dentro, y lo segundo para esperar el remedio de la mano de Dios, aunque sea hasta el fin de la vida. ¿No ha oído que la vida del cristiano es un continuo martirio y una molesta guerra? ¿Qué quiere ella alcanzar luego lo que otros después de muchos años, trabajos y angustias, a duras penas alcanzan? Probada ha de ser muchas veces con darle Dios con la puerta en los ojos; y mientras ella va más ansiosa, le ha de enseñar menos favor, para que así satisfaga algo de lo que ella hizo pasar al Señor, que viniendo a convidar consigo mismo, y llamando a la puerta de su corazón, le cerró la entrada, o si le abrió, echó presto al Huésped una vez recibido. Y pues somos fuertes en el huir de Dios, ¿por qué tan flacos cuando Él un poco huye de nos? Quien mucho ha hecho sufrir a otro, ¿no sufrirá él un poco? Quien ciento debe, ¿no pagará uno? ¿Por qué no quiere pasar por la ley que hicimos a nuestro Señor que pasase? Y con falta de conocimiento no sabemos humillarnos a sufrir un poco de desfavor, mereciendo justísimamente el infierno.

2. Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece. Y si el Señor dice que es *perra*, diga con la Cananea que es

*verdad*; mas por eso no desmaye y peque dos veces, una en el poco conocimiento suyo, otra en no sentir bien de la suma bondad del Señor, pensando que no la quiere, o no quiere que lo busque. ¿Y por qué osó decir tan gran falsedad y testimonio falsísimo? ¿Por qué pone mancha en la pureza de la misericordia divina y en el blanco Cordero, que dijo (*Jn.*, 6): *A todo aquel que viniere a mí, no le echaré fuera?* ¿Por qué tiene por enemigo al que la castiga, y sospecha mal contra su Médico? Amor es todo lo que hace el Señor con ella, sino como no conoce por amor sino al regalo, parecele desamor, como esté escrito que *el Señor azota al que ama* (*Hebr.*, 12), y que *quien ama a su hijo multiplica los azotes* (*Eccli.*, 30, 1); y tratándola el Señor así, aun no se conoce, ni es vil en sus ojos, ¿qué sería si Él le enseñase amor? No es para locos el ser abiertamente favorecidos. Baste a vuestra merced que el Señor se sirva de ella, sea por la vía que Él fuere contento; y sepa que hasta que, de lo más profundo del corazón, sienta quien ella es, no sentirá la faz del Señor del todo alegre, ni le cumple. Mil vueltas le han de dar, y en mil trances se ha de ver que la saquen de seso, y en que no sepa que ha de hacer ni sepa atender; para que toque con sus propias manos, y vea con sus propios ojos que no es ella sino un pedazo de miseria y flaqueza, y se le quite muy quitada la vanidad de su estima. Porque así como decía un viejo en la Vida de los Padres, que sería uno tentado en la carne hasta que conociese bien que la castidad es don del Señor, y no fuerza propia; así conviene en otras cosas venir al abismo del propio conocimiento, para que de allí le *levante el Señor al pobre, y lo ponga con los Príncipes de su pueblo* (*Ps.*, 112, 8), sin resabio de vanidad, pues ya conoce su profunda flaqueza.

3. Por eso, póngase vuestra merced a padecer, y tener guerra consigo, y pase adelante, que el Señor la consolará, y le dirá (*Isa.*, 51): *¡Pobrecita! Yo quité de tu mano la copa del adormecimiento, y lo hondo de la copa de mi castigo, y no lo beberás más.* Él vendrá, y satisfará la pena que dió su ausencia y castigo, y alegrará con cien tantos a la que entristeció con justicia, para darle a entender que no es inocente, sino culpada. Perseverancia no falte. Y aunque sea herida en la guerra, cobre ánimo de nuevo; porque no sabe la hora en que el Señor tendrá por bien de

la visitar. Y conciértese lo mejor que pudiere, según su pobreza; y súfrase con paciencia como a otro hiciera, y no deje sus ejercicios en cuanto fuere posible. Y si estuviere enferma, tómelo también por ejercicio, que no es mal tiempo para navegar hacia el cielo, aunque parezca contrario en esto.

La gracia del Espíritu Santo sea siempre en esa ánima. Amén.

### 33.—A UNA DONCELLA

*Que queria dejar el mundo y dedicarse a Dios. Ponderárale cuánto mayor dicha es tomar por esposo a Cristo que a hombre mortal (1).*

#### DEVOTA SIERVA DE JESUCRISTO:

1. El placer que mi ánima sintió del nuevo propósito de querer tomar por Esposo al Rey celestial, la que tan bien pudiera tomar esposo de la tierra, fué tan grande que no lo sabré explicar. Y aunque cuando se me dijo me fué nuevo, porque no lo había sabido, mas no lo fué del todo, que ya yo la había ojeado para el Señor que la crió, y le había pedido por merced que me la diese para Él; y sea su nombre para siempre bendito, que tan cumplidamente lo hizo, que yo no lo supiera tan bien desear. Porque aquel gozo que su ánima tenía de haberse descabullido de las vilezas de la tierra, y quedar ya prendada del amor del celestial Rey. ¿qué era sino unas señales ciertas que esta mudanza no ha sido liviandad de propio pensamiento, mas obra de Dios, que ha puesto la mano en el corazón de ella, y obrado el celestial deseo que tiene? Y también le dió aquel regocijo, en señal y arras de los muchos y grandes y limpios gozos que, si ella le quisiere ser fiel, Él le dará; de los cuales el menor es más de estimar, que todos los que el terrenal marido, hijos, y hacienda, y todo el mundo pueden dar.

2. ¡Oh señora, y si hubiese probado cuán dulce es Dios para aquella ánima que vuelve las espaldas al mundo, por poner los ojos en su Criador! ¡Oh si supiese qué es la suavidad del celestial Esposo para consolar aquellas ánimas que dejan los transitorios de-

(1) AUDI FILIA, cap. 105, Cartas 65 y 70.

leites, y como tórtolas castas, no quieren consolarse en la tierra, mas suspiran con amor a su Señor que en los cielos está; y como *la paloma* que se torna limpia (*Gen.*, 8), sin poner los pies en cuerpo muerto, mas *tórnase a la mano de quien la envió!* ¿Qué es lo que más en este mundo florece, sino cuerpo muerto hediondo? Pues ¿para qué es juntarnos con cosa que nos enlode, y nos deje más desabridos treinta mil veces con su amargo deajo, que nos dió sabor con su compañía? A Cristo dé vuestra merced muchas gracias, que le dió luz para saber distinguir entre lo precioso y lo vil, entre lo eterno y temporal, y entre Dios y el hombre mortal; y le dió pensamiento tan dichoso, en que Dios es aceptado, y el hombre tenido en poco, y por amor del celestial tálamo es despreciado el terrenal, por rico que fuese.

3. Sea, pues, fiel al que por Esposo quiere tomar; que Él lo será tanto para ella, que probará que no de burla se llama Esposo limpio de vírgenes limpias, mas hallará en Él todos los bienes juntos. Y no será como en los casamientos del cuerpo, que las más veces tras un poco de contentamiento sucede amargo arrepentimiento; mas nuestra obra al principio tiene consuelo; y mientras más tratere a este Señor, más le conocerá, y mientras más le conociere, más le amaré. Porque no es como los hombres, que mientras más tratados, más tachas descubren: y el que parecía buen desposado, a cabo de poco no hay quien lo sufra; mas en Cristo no verá cosa que le descontente, ni tampoco en su bendita Madre, que es suegra de las esposas del Hijo. ¡Oh bienaventurada hora en que tal propósito en ese corazón se sembró! Y muy más lo será cuando se vea tan visitada de su Esposo que diga: Señor mío, ¿cuándo yo te merecí estas mercedes, y hallar este tesoro escondido, por el cual dar mil vidas era comprar muy barato?

4. ¡Oh señora, y cuán abastado y dichoso ha de ser este casamiento, y cuánto regocijo para el cielo y para la tierra! Dios Padre se huelga en que haya personas en la tierra que así amen a su Hijo Unigénito, que por su amor dejen los amores de la carne, no sólo los que son vedados por su Ley, mas aun los del matrimonio, que son concedidos; porque señal es de mayor amor que dejemos por uno lo que lícitamente pudiéremos hacer. El Hijo es el desposado, y por eso murió, por tener ánimas que con limpieza

espiritual le amasen, y otras con limpieza espiritual y con entereza en la carne. El Espíritu Santo es limpiísimo, y muy ajeno de carne; y en viendo una ánima que desprecia de hecho los deleites de ella, allí pone sus ojos, e hinche de espirituales consuelos a los que desprecian los temporales; porque no permite que esté ayuna el ánima que de los manjares de acá no quisiere gustar. Nuestra Señora es Madre del desposado, traslado de Él, amorosa y benigna, principio de vírgenes, amparadora y abogada de ellas, y en gran manera se alegra que haya en la tierra virginidad, que es la flor que ella sembró. No faltan pajes en este casamiento; que los ángeles son criados del Rey del cielo, y aparejados a todo lo que la esposa hubiere menester.

5. Ni aun faltan hijos, que es lo que acá se suele desear; y cierto no con los dolores del parto, y cuidados que en criarlos se toman, y dolor que dan cuando no salen buenos o se mueren antes de tiempo. Los hijos, señora, de este casamiento las buenas obras son, que se llaman frutos del hombre. ¿Qué placer sentirá cuando por amor de Jesucristo concibiere un propósito de hacer una limosna u otro bien?. Y después cuando la ponga en obra, ¿qué placer le dará aquel parto? Estos hijos dan descanso y honra a su madre. Y no ha menester dote, que ellos se la traerán antes para ganar y merecer el mismo cielo. Y hacen que viva tan descansada su madre, que yo le prometo que cuando de noche se vaya a dormir, duerma con más quietud y paz que si tuviera todo este mundo y cuanto en él se puede desear (2).

6. Dígame, ¿qué pudiera alcanzar acá que llegara, ni con muchos quilates, al menor de estos bienes? Y si algún placerillo hubiera, tuviera por contrapeso cada hora de placer más de ciento de dolor y zozobra; y si algo hubiera sin ella, en fin se había de acabar o morirse el esposo antes que ella o ella antes que él, y todo le fuera pena. Y también morir los hijos le fuera otra pena, y dejarlos era otra pena; ni ellos a ella, ni ella a ellos se pudieran valer. Gócese, señora, en Cristo, que su Esposo nunca morirá: y cuando ella muera, la cercarán sus hijos, que son las buenas obras que habrá hecho, y no le darán pena cómo los deja, que allá irán con ella acompañándola

---

(2) Véase AUDI FILIA, cap. 105.

hasta el trono de Dios, y le pagarán muy bien cuanto en ellos gastó y trabajó; y por amor de los hijos será bienaventurada la madre. Y la muerte no apartará este casamiento, antes pondrá juntos a Él y a ella. Y librarla ha, porque es Señor de la vida y de la muerte; y no osará ningún demonio arrebatara a la que Dios tomó debajo del amparo de su favor, y la dotó con nombre de esposa.

7. Entonces vendrán los ángeles a la servir y presentar delante de Dios cantando alabanza a Él, y echándole bendiciones a ella y diciéndole: «Ven, esposa de Cristo, y recibe la corona que el Señor te tiene aparejada.» Y entre estas cosas no estará ausente la Virgen Madre, acompañada de muchas vírgenes, que en este mundo hicieron lo mismo que vuestra merced hace, y no están de ello arrepentidas. Y en compañía de sus semejables, irá de este mundo adonde el Señor ya le tiene aparejado el celestial tálamo, para que eternamente esté rica, harta y abastada en la casa y presencia de Dios, mirando de hito en hito aquella hermosura infinita, una hora de lo cual es tan gran galardón, que excede, aunque uno hubiese pasado por Dios todos los trabajos que todos los hombres han pasado y pueden pasar. Allí tendrá todo el bien, y habrá alcanzado aquello para que fué criada, y estará tan harta en tener a Dios, cuanto ni se puede decir ni pensar; porque así tendrá llenos los senos de su ánima, que rebosen de gozo, como quien está en una muy grande mar de azúcar, que por todas partes está de él cercado. Entonces verá, y amará (3), gozará y poseerá al Señor de todas las cosas, y dirá: Al que amé he alcanzado, al que busqué he hallado, por quien dejé el mundo ha sido mi galardón y paga: a Él alabaré y amaré en los siglos de los siglos (4). Amén.

### 34.—A UNA SEÑORA

*Animándola a pelear contra la estima propia.*

SEÑORA:

1. Porque creo que vuestra merced pelea las peleas del Señor y se ofrece a todo trabajo porque en ella

(3) *Y amará*; la edición de 1578, *llamará*.

(4) Oficio de Santa Inés.

reine (1) Jesucristo sólo, le es debida con mucha razón el ayuda y esfuerzo por parte de los ministros de Dios; a los cuales está mandado que avisen al malo del mal que le ha de venir, para que se enmiende y lo huya; y al bueno esfuerce, y vaya tañendo una trompeta (*Isai.*, 58) delante cuando viere que entra en la guerra. Quiere decir, que ha de esforzar con palabra de Dios a los que viere pelear por su honra; porque de otra manera, así como le será pedida cuenta del malo, a quien no avisó, así también del bueno, porque no lo esforzó; y será castigado por el mal que uno hizo, y por el bien que el otro dejó de hacer.

2. Esfuércese, pues, vuestra merced en la pelea que con la antigua serpiente tiene, queriendo apartarla de Dios, y queriendo ella llegarse a su Dios. Y esté muy sobre aviso que los principales tiros son al corazón. Porque no se le da a él mucho que uno sirva a Dios con recoger sus ojos, y con guardar silencio, o con rezar y cantar, y con semejantes cosas, sino en el corazón pone él su ponzoña, que es propio complacimiento, o propia estima y amor.

Las doncellas locas, doncellas eran; mas por no tener óleo en sus vasos, oyeron de la boca del Señor aquella terrible palabra: *En verdad os digo que no os conozco* (*Mt.*, 25, 12). ¿Y qué es el vaso, sino el corazón? ¿Y qué el óleo, sino el espíritu de la verdad, que mantiene y ceba las buenas obras, si buenas han de ser delante de Dios? ¿Y qué es el espíritu de verdad, sino el que hace que el hombre se desplazca (2) y se parezca mal, y de entrañas y de corazón se parezca feo y abominable, y se espante cómo Dios lo sufre sobre la tierra? Y ésta es la verdad en que hemos de vivir; y sin esto, en mentira vivimos. Y algunas veces cuanto más bien parece que tenemos y más sanos estamos, estamos (3) peores faltándonos esto. Porque confiando en esto y otras cosas, parécenos que somos algo; y no es (4) así delante los ojos de Aquel que mira los corazones y dice (*Apoc.*, 3): *Nombre tienes de vivo, y estás muerto. Nombre tiene de vivo quien*

(1) *Reine*; edición de 1578, *reina*.

(2) *Se desplazca*; edición de 1578, *se desplega* (antic.).

(3) *Estamos*; así la edición de 1595; falta en la de 1578.

(4) *Es*; falta en la edición de 1578.

no cae en los pecados que el mundo condena por malos; mas si cae en los que el juicio de Dios condena, ¿qué aprovecha que el mundo absuelva al que el justo Juez condenare? No sabe el mundo tener por malo, ni castiga a uno que se parece bien a sí mismo, y se contenta de sí con soberbia, o no se descontenta. Mas en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo, como si trajese un perro muerto a sus narices, y tiene entrañable vergüenza delante los ojos de su Criador, como quien estuviese delante de un juez de acá, habiendo hecho un feo delito. Y si esto llega a ser pecado mortal, cuádrale de todo en todo lo que Dios dice (*Jer., 3, 3*), y si es venial tócale algo: *Frente de ramera tienes, y no has sabido haber vergüenza.* Y es una mala tacha en el ánimo que no sea vergonzosa, como lo es en las mujeres, aun en lo exterior. No condena el mundo una fiucia propia, no una estima propia, no una voluntad viva a buscar su contentamiento. Mas en los ojos de Dios son estas cosas, y otras semejantes, muy grandes males, y que impiden su santa gracia y amistad, si son mortales; y si veniales, impiden el aprovechamiento de la gracia y la comunicación del Señor.

3. Y sabiendo esto el demonio, dásele poco porque en lo más grueso esté una ánima viva, si en lo interior está muerta. Y muchas veces no procura él que aquella persona caiga en muy feos pecados, que si los hiciese se confundiría mucho, porque viéndose así caída en cosas que aun a los ojos del mundo son muy malas, tomaría muy a pechos la penitencia, y se desplacería muy de corazón y se remediaría; y quiere más tenerla asida con la ceguedad interior, y tenerla segura con que no caiga en otros pecados, que quizá si en ellos cayese saldría de unos y otros, y se le iría de entre las manos.

Por tanto, señora, los ojos sobre el corazón; y cuando no sintiere un entrañable desprecio y confusión delante del acatamiento de Dios, sepa que no se conoce perfectamente, y que no tiene sino ojos de mundo, y no luz celestial; porque ésta descubre los rincones, y hace avergonzar al ánimo de lo que los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena; y tras ésta vienen lágrimas y verdadera humildad, que de todo en todo sujeta el ánimo a Dios y a toda criatura. Y cuando esto no hay, está de otra manera.

y no sana de raíz, sino sobresana. Y debe entonces llamar al celestial Médico, y no descansar hasta que poco a poco le dé una poquita de luz para entrar a mirar sus senos y escondrijos, y hallar sus faltas aun en lo que parece bien hecho. No da el Señor luego este don hasta que Él es servido; mas entretanto sepamos no fiarnos de otras buenas obras, si esto nos falta, y esperemos en el Señor que nos lo dará cuando sea servido; porque Él prometió que no daría *pedra* a quien le pidiese *pan*, y que *el Padre del cielo daría buen espíritu al que se lo pidiere* (Lc., 11, 11-13).

El sea luz de vuestra merced para que conozca a Él para honrarle, y a sí misma para despreciarse, y salga toda de sí, y se sujete toda a Él. Y esté vuestra merced avisada que tiene en la tierra quien le pida cuenta; por eso tenga ganada mucha santidad, para cuando allá vaya y no tenga cosa por la cual me venga a mí reñir, y ella sea avergonzada, con pena de ambos.

Cristo la guarde en su seno rompido con lanza. Amén.

### 35.—A UNA SEÑORA

*En que le enseña lo mucho que obró la venida del Espíritu Santo en los Apóstoles, y lo que obra ahora, en los que se disponen a recibirlo; y cómo se ha de disponer.*

1. Dios dé a vuestra merced buenas Pascuas, no de oídas, sino de experiencia; que sienta su corazón en esta fiesta lo que los creyentes en Jesucristo, juntos en el Cenáculo, sintieron, infundiéndose en ellos el que les quitó las flaquezas, y enseñó sus ignorancias, e hinchó sus senos de tanto gozo, que se dió bien a entender que la sangre de Jesucristo no fué derramada en balde, ni las voces que al Padre dió fueron vanas, pues por Él fué comunicada (1) a ellos la participación de la divinidad. ¡Oh cuántas veces, viéndose tan deificados y enriquecidos, amadores y amados de Dios, daban mil alabanzas a Jesucristo, maestro suyo, conociendo que Él les había enviado este don en cuanto Dios, y merecido en cuanto hombre! Porque, según el mismo Señor lo prometió, que

(1) *Comunicada*; así la edición de 1595.

venido el Espíritu Santo *había de clarificar a Jesucristo (Jn., 16) y había de dar testimonio de Él*, para que los discípulos y el mundo lo conociesen, y conociéndolo entendiesen que todo el bien les vendría por Él, y le diesen servicio como a verdadero, y agradecimiento como a copioso bienhechor, y así quedasen más ligados con cuerda de amor con Él en ausencia, que primero lo estaban en presencia, y probasen cuán fuerte amor es el Espíritu Santo, y cuán de verdad hace amar al bendito Verbo de Dios, del cual procede, y en el cual descansa; y no dudasen de pregonar aunque les costase la vida.

2. Si tuviésemos parte de esta fiesta acá dentro en los corazones, celebraríamosla bien en lo de fuera. Y si fuese nuestra ánima rociada con alguna gota de agua de *este río caudal, que procede de la silla de Dios y del Cordero (Apoc., 22, 1)*, sería apagada en nos la sed de todo lo de este mundo, y con el celestial rocío seríamos refrescados de nuestra sequedad y dureza en que estamos tibios, malditos y estériles. ¡Oh cuán obligados nos sentiríamos a nuestro Redentor, sintiéndonos de verdad redimidos, y ahogados nuestros pecados, y consumidas nuestras tristezas con abundancia del gozo! No nos aquejarían dolores, no destierros, no ausencia de lo que amamos, no falta de las cosas que parecen necesarias, no, en fin, cosa ninguna. Porque así es poderoso este Espíritu, y su fuego que hacia arriba sube, haciendo amar y confiar de Dios, que *ninguna agua de tristeza y tribulación lo puede apagar (Cant., 8)*, mas, siempre vivo y metido en las entrañas, *abrásalas (2)* tan de verdad, que mata todo lo que mal vive, y hace que ni aun la misma muerte no venza al que Él ha mortificado con aquesta venida.

Este es el Huésped dulce, que sana la llaga que la ausencia de Jesucristo hizo en los corazones de los que le amaban, hinchó el hoyo que la ida de Él había hecho. Y si pudo consolar tristeza causada por ausencia de Jesucristo, mejor podrá hacerlo en ausencia de criaturas, cuando de no verlas tuviéremos pena. Este es el Padre cuidadoso de huérfanos (*Ps., 67, 6*) que *los viste con virtud de lo alto (Lc., 24, 49)*, y los abriga debajo de su manto, y les hace entender que tienen Padre en el cielo, y que lo llaman osada y no sober-

(2) *Abrásalas*; las ediciones de 1578 y 1595, *abrasadas*.

biamente *Padre*. Renueva lo caído, alumbrá lo obscuro, calienta lo frío, endereza lo tuerto, alienta lo cansado, y dando cada día nuevas fuerzas, hace volar hasta el monte de Dios.

3. Razón será, señora, que nos ponga apetito tan excelente don, y vendamos todas nuestras afecciones, para comprar esta joya, con la cual sola seremos dichosos. Por nuestra puerta pasa, en nuestras orejas suenan las voces de cómo viene a los hombres, y se huelga de morar en ellos; no le dejemos pasar sin que le constriñamos a que nos visite y consuele para más servirle, y según la parte de donde fuere rogado, no se hará mucho de rogar para quedar con nos, porque el Padre le envíe por Jesucristo su Hijo, Señor nuestro. Él lo ganó para nos, que de otra manera, ¿qué tenía que ver el Espíritu altísimo con los que somos carne tan inmunda, flaca e inclinada a todo mal? Más nos excede este Espíritu que el cielo a la tierra, si no fuera porque el celestial engendrado del Padre se abajó haciéndose hombre, que quiere decir terreno; y así Dios humanado y contemperado con nuestra flaqueza, trabajó y sudó, y a trueco de su vida nos ganó que se abaje este Espíritu, que crió los cielos, a morar en los vasos de barro. Demos gracias a Jesucristo, y gocemos de sus trabajos.

4. Y pues el Espíritu Santo, mirando los merecimientos de Jesucristo, viene de muy buena gana a morar con nosotros, no seamos nosotros a la una y a la otra merced tan ingratos, que las perdamos entrambas. El Alto quiere abajarse con los bajos, y ser ayo y padre de ellos; ¿por qué seremos tan locos que le digamos de no? Salgamos a recibir con amor al que viene con amor, y deseemos recibirle, pues Él de buena gana se aposenta donde es deseado. Seamos como aquel (*Isai.*, 26) que dijo: *Mi ánima te deseó en la noche; y en mi espíritu y en mis entrañas, de mañana velaré a ti. De noche desea al Espíritu Santo, quien se ve atribulado y no pone su fiducia en su brazo, y suspira a este Espíritu como a consuelo de tristes y alivio de trabajados; y de mañana vela a Él quien no pone por postrero de sus cuidados lo que conviene aderezar para la posada; mas en la cabeza de ellos pone éste, cómo alcanzará el favor de este Señor. Y siendo deseado y llamado, cierto vendrá, porque así lo hizo Jesucristo, que se llama deseado de todas las gentes* (*Agg.*, 2) y es el amador de los que le desean.

Llamemos al Espíritu Santo con voces de lengua y de entrañas.

5. Mas miremos no tengamos la casa tan mal aparejada, tan sucia y tan sin atavío, que después de convidado y sentado a nuestra mesa, no tengamos qué darle de comer. Mortifiquemos nuestra carne, que ésta es la que Él come y le sabe bien; que de esa viva huye cielos y tierra, y hiédele peor que perros muertos. Mortifiquemos nuestro parecer, porque seamos enseñados por el suyo; que dos cabezas mal rigen una casa, si no sigue la que menos sabe a la que más. Y nuestros quererles renunciémoslos todos, porque éstos son los enemigos capitales de este celestial Espíritu, el cual enseña a decir (*Lc.*, 22): *No mi voluntad, sino la tuya sea hecha*. Seamos diligentes en limpiar nuestra conciencia, con la penitencia y confesión, de toda la inmundicia y de todo polvo, por pequeño que sea; porque es Huésped limpísimo, y no es bien darle casa que lo descontente. Tengamos paz de dentro y de fuera, porque por honra del huésped los rencillosos suelen disimular sus rencillas. Y metido Él en nuestra casa, guardémosle palacio, que es Él Rey muy alto, y no es razón que lo dejemos dentro de nos, y nos vayamos nosotros a ver vanidades. Cerremos nuestras puertas, y echémonos a sus pies; digámosle que no tenemos cosa que nos estorbe; que a todo hemos dicho que nos deje solos con Él; y gocemos de Él, que es bastante a hacernos bienaventurados, y que todo el mundo no nos lo pueda quitar. Y si esto así se hace, vuestra merced será consolada en todo lo que desconsolada está, y beberá *del río del deleite de Dios* hasta embriagarse; y yo lo seré viéndola en manos de quien tan bien la guardará, enseñará y salvará en la eternidad; Él sea en (3) favor de vuestra merced, etc.

### 36.—A UN SU AMIGO

*Cuyo cambio de vida esperaba: exhórtale a poner debajo de los pies todos los bienes terrenos.*

1. Así como quien está esperando una cosa nueva, que mucho desea, se alegra cuando ve alguna señal de su deseo, y aunque sea pequeña, le da no pequeño

(3) *En*; así la edición de 1595.

gozo por la muchedumbre de su deseo, así mi ánima se hinche de regocijo con la carta de vuestra merced, porque no sé qué barrunté de las palabras que en ella venían; lo cual si fuese de hecho, sería un gozo para mí tan grande, que pocos me vendrían que se le igualasen. Mi señor, yo deseo de ver esta vuestra ánima desengañada de las muchas vanidades que se usan y tratan, y que pensase con verdadero corazón que en ninguna cosa está su descanso sino en poseer al mismo que la crió; y anduviese tan cuidadosa de buscar este bien, y tan herida del amor de su Dios, que todo este mundo con su flor le pareciese un humo que falta, y una sombra sin tomo, y un engaño de necios, que a sus amadores hace enemigos de Dios, y por lo temporal les hace perder lo que nunca se acaba. ¿Vióse nunca tan grande mal como éste? ¿Vióse truco tan pernicioso? ¿Adónde están los ojos de quien esto no ve, y el corazón de quien esto no siente? Y con todo esto, es tan grande nuestra flaqueza, que si Cristo no nos despierta y da a entender esto, no hay más remedio para salir de este engaño, que le tiene un ciego para ver, o un muerto para vivir.

2. ¡Oh humana miseria, digna de ser con lágrimas vivas llorada, que eres inclinada a lo que te daña, pensando que eso es lo que te cumple! Ti nes por ganancia y piensas que te ha ido bien, cuando de esto presente eres abastada, y a duras penas sientes ni lloras de estar en desgracia de Dios. Sabes mirar y estimar la honra del mundo, que tan presto se pasa, y cuando dura, aun no es para hacer a su poseedor un cabello mejor delante del acatamiento de Dios, y no curas si eres honrado o deshonrado en la corte de Dios. Temes una pequeña afrenta que te amenaza, y no provees remedio para la que está guardada y amenazada para el día postrero a todos los que no hubieren con fe viva y obediencia verdadera honrado al Señor. Estimaste en mucho, y a Dios en poco, pues haces tu voluntad contra la suya; y duélete mucho una pequeña cosa que a ti toque, y no sientes aun lo mucho que toca a la honra de Dios. Vives contigo para ser miserable del todo, y no vives al contento de Dios, que es suma felicidad. Una será de dos, sin falta ninguna: o que la lumbre del Espíritu Santo ha de dar a entender esta gran ceguedad, o el gran tormento que está aparejado abrirá los ojos del en-

gañado cuando ya no tenga remedio. Que como San Gregorio dice: «Los ojos que la culpa cierra, la pena los abre.»

3. Pues, señor, si a vuestra ánima amáis, si a Dios teméis, si vuestro corazón no es de piedra, mirad la brevedad de la vida, y cuantos habéis conocido que, estando muy asentados y avecindados acá, los ha mandado Dios salir, no con tanta alegría ni contentamiento como fuera razón, diciendo cómo les había el mundo engañado, y que por él se habían descuidado de servir a Dios. Lo que aquéllos fueron somos; y en lo que pararon, pararemos; porque una tierra nos ha de recibir y tornar en ella. ¿Pues qué esperamos? ¿Qué nos detiene? ¿Qué nos engaña y hace descuidados en negocio que tanto nos va? ¿Por qué pensamos que va en esto poco, pues otro negocio no hay mayor? Y si decimos que por tal lo tenemos, ¿por qué tan poco trabajamos, tan pocas horas gastamos en él, tan poco lo meneamos, tan pocos consejos pedimos, tan mucho nos parece un rato que en ello empleamos. no cansándonos ni pareciéndonos mucho todo lo que se emplea en los negocios de acá? Si es menester gastar mucho para la presente vanidad, ¡cuán magníficos somos!; mas ¡cuán cortos en lo que conviene gastar por la honra de Dios y amor de los prójimos! Allí no miramos hijo, ni necesidad, ni gasto de casa; mas todo esto se pospone por una curiosidad; mas acá cargan tantas de cosas, que cierran bolsa y mano para la buena obra. Mas ¿qué digo de una sola prueba de nuestra flaqueza? Toda nuestra vida da voces que amamos más lo presente que lo venidero, y lo exterior que lo interior, y el dinero que la virtud; porque aquello amamos más, que más deseamos alcanzar cuando nos falta, y por quien con más ansia trabajamos, y con que más nos gozamos cuando lo tenemos, y de que más nos duele cuando lo perdemos. Y si viene caso en que conviene perder lo uno o lo otro, aventuramos la buena conciencia, por poner en obra la honra, placer o provecho de acá.

4. Día vendrá, y presto vendrá, en que estos tales terrenos se queden burlados, y dejando sus trabajos y frutos de ellos en la tierra, vayan desnudos, pobres, y avergonzados delante de Aquel que acá los envió, no para que en el camino se quedasen mirando las vanidades, mas para que pasasen por lo temporal sin parar, no pegando el corazón en ello; y trayen-

do el cuerpo en la tierra, trajesen el corazón en las cosas del cielo; viviendo en la carne, y no según la voluntad de la carne; y estando en el mundo, no teniendo condiciones del mundo; mas que como hijos que imitan a su padre, fuesen limpios, verdaderos, piadosos, humildes, mansos, y que buscasen la honra de Dios y cómo aprovechar a sus prójimos. ¿Que hará aquel día el que no ha puesto en obra el negocio a que acá lo enviaron? ¿Qué hará el que ni por pensamiento le ha pasado de comenzar a entender en él? Mas olvidado de la pureza cristiana, que es imitadora de Dios, se ha ensuciado en el lodo de la tierra, y como a muchacho que le han enviado al mandado, y se paró con otros muchachos a jugar o mirar algo, ni fue al mandado, ni se le acordó a lo que iba, hasta que a la noche torna a su casa sin recaudo alguno de a lo que le habían enviado, y lleva azotes y reprensiones de quien le envió.

5 Despertemos señor, ahora que tiempo tenemos; miremos por lo que más nos cumple y para siempre ha de durar, y dejemos la vanidad a los vanos, que ellos y ella perecerán. Alcemos los ojos al que nos dió la vida y ser que tenemos, y después dió su vida porque no se perdiese la nuestra, y con grandes trabajos nos enseñó el camino que habíamos de andar; y con muerte llena de tormentos y deshonoras, nos esforzó a toda virtud, y nos alcanzó gracia para servir y agradar a Dios. Escudriñemos los rincones de nuestra conciencia, y curemos lo que está lllagado; desatemos los lazos de nuestros pecados, pongamos remedio en lo que más nos hace temer, y aplaquemos los gritos que nuestra conciencia nos da, haciendo lo que nos manda, y Dios por ella; porque estando todo bien ordenado y puesto en concierto, estemos *esperando*, como *siervos fieles y despiertos*, a la venida de nuestro Señor, y seamos hallados *con candelas encendidas y los lomos ceñidos* (Lc., 12, 35), y oigamos aquella dulce palabra (Lc., 19, 17): *Gózate, siervo bueno y fiel, que en pocas cosas fuiste fiel; yo te constituiré sobre muchas; entra en el gozo de tu Señor*. Aquel es día que esperan los buenos cristianos, por el cual pasan los penosos de acá con mucha paciencia; y aquella corona les hace que sufran acá los combates del mundo y la carne, escogiendo el presente abatimiento por el ensalzamiento eterno, y el lloro breve por la risa sin fin, y el perder aquí su voluntad por hallarla siempre

unida con la de Dios en el cielo; adonde ninguna cosa tendrán que les descontente, y todo lo que les fuere agradable será; porque poseerán a Dios por tesoro muy precioso, en el cual está todo el bien.

6. Si el Señor ha comenzado a visitar esa ánima entenderá estas palabras, y aprovecharse ha de ellas; y si no (¡lo que no sea!), será oír una historia que luego se olvida.

Cristo sea amor de vuestra merced y de la señora su mujer; cuyo deseo de verme le pague Dios; y la venida por acá cese hasta que Dios ordene mi ida allá, pues yo también la deseo.

### 37.—A UN SU AMIGO

*Consolándole de la muerte de su madre y hermano y animándole a que se disponga para bien morir.*

1. La gracia y consolación del Espíritu Santo sea siempre con vuestra merced.

Si la caridad hace, como dice San Pablo (*Rom.*, 12, 15), *llorar con los que lloran, y gozar con los que gozan*, mucha pena tendrá vuestra merced por la de las señoras sus hermanas que quedan desconsoladas, y mayor gozo tendrá por la gran merced que nuestro Señor hizo a nuestro muy amado P. Gregorio Esteban, llevándolo al verdadero gozo, cierto de nunca perderlo. Y pues somos llamados cristianos, y llamamos al celestial Rey *Padre*, no suene en nuestra boca otra cosa sino la que a hijos obedientes conviene, y la que el Unigénito hijo dijo (*Mt.*, 26, 39): *Padre, no como yo quiero, mas como tú quieres sea hecho*. Y así como tenemos carne para sentir el trabajo de los que acá quedan, tengamos espiritual fuerza para gozarnos del bien de los que al cielo han ido; y consuele el gozo a la tristeza; mayormente habiendo Él hecho lo uno y lo otro, el cual entonces más provee a sus hijos cuando el sentido humano más parece desampararlos, y mejores ganancias les trae cuando más parece llevarlos.

No quita Dios sino para dar; no hiere sino para medicinar; no derriba sino para levantar, y, en fin, no mata sino para dar vida, y vida que nunca se acaba, por trabajos que muy presto se pasan. Ya descansa nuestro Padre que acá trabajó; ya tiene lo que de-

seó y buscó; ya *coge en gozo las lágrimas que acá sembró* (Ps., 125, 6); ya tiene Dios aquesta ánima en seguro que nadie se la podrá llevar. Maduro estaba para cogerlo, y por eso (*Sap.*, 4, 11) *lo arrebató Dios, antes que la malicia mudase su entendimiento, y el fingimiento engañase el ánimo de él.* No tienen los que lo aman por qué llorarlo como a muerto, pues vive delante el acatamiento de Dios, *al cual agrada en la tierra de los vivos* (Ps., 114, 9).

2. Ni por lo que a estas señoras toca debemos desmayar el corazón; porque aunque sin madre y hermano quedaron acá, mas no sin Dios, que es Dios de los atribulados y desamparados, cuyos ojos *miran el trabajo y dolor* (Ps., 10, 14); y donde menos humano favor hay, allí se precia Él más de enseñarlo. *Padre* se llama (Ps., 67, 6)—y eslo—*de huérfanos*; debajo de las alas de tal Padre no puede nadie llorarse por desamparado, mas por abrigado cuanto va de criatura a Criador. Y aun el favor de nuestro padre [Gregorio] no se ha perdido; que el justo más puede después de muerto que en vida; pues estando vivo delante el trono de Dios, puede con su oración aprovechar mucho más que acá con su cuerpo. Y pues ninguna razón consiente que de tal madre y de tal hijo otra cosa creamos—por el derramamiento de la sangre de Jesucristo, al cual ellos amaron—, sino que viven para siempre con Dios, consuélense los que están en la tierra teniendo tales parientes en el cielo; y olvidando el sentido de la carne, obre en nosotros la fe y obediencia de Dios, ofreciendo a su divina Majestad esto que nos quiso llevar para sí.

3. Y cuanto más los amamos, tanto más nos agradecerá la conformidad con la santa voluntad de Dios, pues a tal Dios y Señor no nos hemos de contentar con ofrecerle [cosa cual]quiera (1), mas aquello que más en nuestros ojos luce, según él dijo a Abraham (*Gen.*, 22, 2), *que le ofreciese a su hijo unigénito y muy amado*: dándonos a entender que en esto prueba a sus escogidos, pidiéndoles lo que más aman en testimonio del amor que a Dios tienen. Y por eso dijo el Señor (*Jn.*, 8, 39): *Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham*; porque así como aquél obedeció con sencillo corazón al mandamiento de Dios, y en

(1) [*Cosa cual*]quiera; la edición de 1578 dice: *que quiera...*

cuanto fué de su parte, ya mató a su hijo en sacrificio, así nosotros no hemos de matar los que amamos; mas si el Señor viene por ellos y se los lleva, ya que la carne algo sienta, ha de ser vencedor el amor divinal, no sólo en lo que Dios lleva, mas diciéndole que se sirva de lo que lleva y de lo que queda, sin sacar nada.

Este es el ánimo que el cristiano debe tener para andar en paz con Dios, no tener rincón ninguno en su casa que no tenga ofrecido a Dios. Y en esto no se hace mucho, pues Él todo se ofreció por nos, dando su honra, su fama y su vida, dejando a su Madre bendita tan afligida y a sus amados discípulos tan desahogados. Pues ¿por qué no ofrecemos nuestro todo pequeño al que por nosotros ofreció su todo muy grande? ¿Por qué no fiaremos lo que somos y lo que tenemos, de las manos que por nos se enclavaron en el árbol de la cruz? ¿Por qué nos parecen las tales manos muy pesadas, pues en todo y por todo son suaves, aun cuando nos parecen amargas? Señor, lo que se ha hecho, Dios lo ha hecho, y por ello sea su nombre bendito, que quitó lo que Él mismo había dado; y si lo quitó, fué para ponerlo en cobro y no se perdiese, dándole lo que todos deseamos que nos dé. Y si hirió en algo a los que acá quedan, el que hiere dará la medicina. El que ha desconsolado de madre y hermano, él mismo será lo uno y lo otro; y a ellos dió descanso, y a los que quedan da esto para que ganen aquel descanso.

4. Porque si el Señor de la gloria entró en ella por tragos amargos que acá pasó, no espere nadie gozar de aquella dulcedumbre más que de miel, si no bebe acá de copa más amarga que los ajénjos. Así lo ha ordenado Dios, y así ha tratado a sus hijos; y el que no pasa por azote de hijos, bastardo es, no legítimo, y deputado para el eterno azote, y no para el descanso sin fin. Y por eso aflijanos aquí Dios, para que tengamos señal que somos sus hijos; quémelos aquí, porque florezcamos allí; corte por donde Él mandare, porque allí halleemos refrigerio; pues lo que atribula es breve, y lo que está prometido es eterno. Esforcémonos a caminar para allá, para donde fuimos criados, y cuanto más entristecidos y llorosos, tanto nos juntamos más con Dios; que los males que aquí nos vienen, más nos ayudan a ir a nuestro Señor. Y ordenemos nuestra vida, y pensemos en nuestra muer-

te, que no tardará mucho de venir. Y así vivamos, que cuando acabemos la jornada seamos hallados dignos de gozar lo que esta madre e hijo gozan. Y allí nos veremos y conoceremos, no con temor de perderlos como acá, mas seguros de compañía eterna. Y allí parecerá ser merced lo que aquí pareció azote; y estaremos, ellos y nos, con el que nos crió y redimió, alabándole con todas nuestras fuerzas, y cantándole para siempre sus misericordias. Allí nos esperan nuestros dos difuntos, y de allí nos llaman. Tengamos el cuidado allí, y sentiremos poco el trabajo de aquí; y pensemos en nuestra muerte, y consolarlos hemos en la ajena. Que ésta no fué partida para muchos años; que el que hoy llora a otro, mañana llorarán por él. Y por eso el fin de todo sea adorar a Dios en todo lo que hace, y aprovecharnos con la paciencia de los trabajos que Dios nos envía, y aderezar nuestra vida para que antes nos podamos alegrar cuando se acabare, que con remordimiento de conciencia temer.

Cristo consuele a vuestra merced y sea siempre en su corazón, para que en todo se sujete a su santa voluntad, y así gane la corona que a la obediencia se debe; y vuestra merced me tenga por su capellán y siervo, pues los difuntos me tenían por tal; y en lo que yo pudiere, quedo obligado a servir a todos los que a ellos tocan.

### 38.—A UNA DONCELLA.

*Dicele el camino y señales de la tibieza; con qué fervor ha de servir a Cristo, que la defiende como a esposa.*

1. El cuidado, devota esposa de Jesucristo, que de vuestra ánima nuestro Señor en el corazón me pone, me hace sospechar que tenéis alguna necesidad de su ayuda; por lo cual me moví a os escribir esta carta, suplicando a nuestro Señor Jesucristo obre en vos, mediante ella, lo que sabe que habéis menester.

Deseo, amada hermana, que os dé nuestro Señor a entender de cuánta importancia es el negocio que habéis comenzado, para que la grandeza de Él os ponga grande cuidado, y el cuidado os haga ser diligente en agradar a aquel Señor cuya esposa sois, y tras la dili-

gencia os venga el divino favor, que está muy presto a los que de verdad lo buscan, con el cual andaréis segura entre todos los peligros y alcanzaréis el fin de vuestro camino y deseo.

2. La primera puerta de la perdición de muchos que comienzan y no perseveran, suele ser el descuido de sus conciencias, entendiendo en ellas como en cosa que poco va; y estando la guerra cierta y la victoria dudosa, viven así como si todo estuviese seguro, y hubiese ya venido el tiempo de gozar de la victoria, que con muchos trabajos ha de ser ganada. De lo cual viene que como los peligros que nos fuerzan de fuera, y la flaqueza que tenemos de dentro, sean mayores que podemos pensar, y las raíces de los corazones que muchos años hemos dejado plantar hayan menester para ser arrancadas mucho trabajo, quédanse en nosotros, porque ponemos poco; y aunque por un poco de tiempo parecían estar arrancadas, en pasando aquel fervor que a los principios Dios les daba, tornan las raíces, que parecían muertas, a brotar, y vienen a dar frutos tan malos y aun peores que los pasados; y así aprenden muy a su costa, que no debe nadie dejar las armas y el cuidado de aprovechar mientras esta vida durare, que se llama, y de verdad lo es, cruda guerra.

¡Oh si oyédeses que algunos, después de haber algún tiempo gozado de la dulcedumbre de Dios, la perdieron, y vinieron a comer manjar de puercos; y como Jeremias dice llorando (*Tren.*, 4): *Los que fueron criados en carmesies vinieron a abrazar el estiércol.* ¡Qué cosa hay más lastimera que ver una alma que hallaba deleites en Dios, y dejados aquéllos, deleitarse en pecados; la boca que hablaba del cielo, hablar de la tierra; y las orejas, por las cuales entraba al alma la palabra de Dios, andar hambrientas por oír consejuelas; y el corazón, que primero con fervor despreció todos los mundanos placeres, pareciéndole amargos en comparación de la divina dulzura, venga a tanta enfermedad, que no halla sabor en lo que de verdad era sabroso, y, como dice Job (30), tenga por deleite estar debajo de espinas!

3. Estos son semejantes a los hijos de Israel, que después de sacados de la cautividad de Faraón por la poderosa mano de Dios, y habiéndoles Dios prometido que los metería en *una tierra que manaba leche y miel*, fueron tan flojos en sufrir trabajos en el desierto por do caminaban, que con miserable consejo